



Por ANTONIO
M. NOBLEJAS SOLÍS

El camino de los dos nombres

Una de las ventajas que tiene el que estudia o trabaja fuera de Manzanares, incluso fuera de la comunidad castellano-manchega, es que cuando regresa a su pueblo por vacaciones o cada tres o cuatro fines de semana, aprecia con mayor claridad los cambios que va sufriendo Manzanares debido a construcciones y nuevos proyectos que propician una fachada de modernidad para la localidad –que algunas veces, esa fachada es bonita pero de cartón–.

Es curioso ver cómo la barriada de San Blas continúa atascada en el túnel del tiempo, maquillada con algún “parquecillo” que otro. Su colegio sin niños, su Parque de Bomberos sin fuegos y su entrada sin señalizaciones. Pero, sorpresa, los tentáculos de la modernidad se han salido del término urbano y han descargado el cemento y hormigón en el camino de la Membrilla (ellos cómo le llamarán, ¿el camino de Manzanares?). Porque este camino tiene dos nombres: mirando desde Manzanares, toma el nombre del pueblo vecino; pero si cambias la posición y lo miras desde Membrilla, entonces adquiere el nombre de nuestro pueblo.

Si se lee el letrero colocado al principio del camino, mirándolo desde Manzanares, se comprueba que está financiado por la Comunidad Europea y por el Ministerio de Agricultura (debe ser que algún ministro habrá pasado por la carretera, perdido, buscando la carretera de Argamasilla y se habrá percatado del lamentable estado en que se quedan los amortiguadores de los coches que atraviesan en camino en cuestión) pero el caso es que ya no se podrá llamar “caminillo de la Membrilla” ni ellos podrán llamarlo “caminillo de Manzanares”, porque ya será un Señor camino, aunque por ahora desconozco los complementos que llevará, ya se sabe, bancos, farolas, arbustos o incluso el nombre de cada finca limítrofe.

El problema es que durante todo el tiempo que

dure la construcción de este camino de dos nombres, su vida cotidiana se verá alterada. Los trabajadores, los ingenieros, las excavadoras, desembarcarán y el silencioso camino despertará de su letargo, seguramente para volver a dormirse después del jaleo.

Durante este período, el camino perderá todo su encanto: los ladrones no podrán entrar en las fincas antiguas para desvalijarlas, los coches no evadirse del control policial por las noches y darán positivo en el control de alcoholemia y los viajeros y turistas se verán todavía más desconcertados a la hora de encontrar la carretera de Argamasilla.

Ahora yo me pregunto una cosa: Si el camino ha formado parte de la historia de Manzanares –mirándolo desde nuestra localidad– ¿no debería de desaparecer? Los defensores del Proyecto Nuevo Gran Teatro deberían de protegerlo al igual que apoyaron la reconstrucción del viejo teatro.

Este camino está cargado de historia. Cuando yo iba al colegio de las Concepcionistas, alguna vez nos llevaron de excursión, una excursión que consistía en llegar al pueblo vecino y volver. Cuantos coches iban hacia el sur o hacia el norte se pararon a descansar en sus sombras y a descargar su basura en el recodo del caminillo. Y la de kilómetros que se habrá hecho nuestro alcalde con sus pesas en los tobillos practicando el siempre saludable ejercicio de la quema de calorías. Mucha historia tiene el camino, sí.

Pero el éxito del nuevo camino está asegurado, puesto que a poco menos de año y medio para que elijamos nuevo alcalde o renovemos nuevamente al ya existente, el proyecto entra a formar parte del programa electoral –junto con el Gran Teatro y demás obras sociales– del P.S.O.E.

Pero otra cosa también es segura, el nuevo camino seguirá teniendo dos nombres.